

**LA CUBANIDAD Y LA NACIÓN CUBANA:
JOSÉ ANTONIO SACO Y JOSÉ MARTÍ**

JOSEF OPATRŇY

(Centro de Estudios Ibero-Americanos, Universidad Carolina, Praga)

Para la mayoría de los historiadores especializados en la historia de Cuba, el siglo decimonónico cubano fue ante todo –y para algunos de ellos casi solamente– la época de la lucha por la independencia nacional. Los últimos olvidan todos los otros rasgos importantes de este periodo –cambios sustanciales en la esfera social, cultural, económica, etc.– buscando cada manifestación de independentismo y juzgando severamente a las personalidades del siglo, según su relación con la idea de la independencia de Cuba. Para ellos, una de las personalidades más influyentes del siglo XIX, José Antonio Saco, es casi un traidor a los intereses cubanos, una persona de conceptos inaceptables, dignos de condena. Resulta paradójico cuando esta opinión aparece en el texto de un autor interesado en el estudio del proceso de formación de la conciencia nacional de la capa criolla, que registró cambios sustanciales durante algunas décadas del siglo XIX¹. No

¹ Véase especialmente Rafael Soto Paz, *La falsa cubanidad de Saco, Luz y Del Monte*, La Habana, 1941. Más sobre la problemática «nacional» en el caso de Cuba, véase Elías Entralgo, *La liberación étnica cubana*, La Habana, 1953; W. Carbonell, *Cómo surgió la cultura nacional*, La Habana, 1961; Carlos Chain Soler, *Formación de la nación cubana*, La Habana, 1968; Sergio Aguirre, «Nacionalidad, nación y centenario», in: *Eco de los caminos*, La Habana, 1974; Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*, La Habana, 1967; Josef Opatrný, *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*, *Ibero-Americana Pragensia*, 3, 1986; Gerald E. Poyo, «With All, and for the Good of All». *The Emergence of Popular Nationalism in Cuban Communities of the United States, 1848-1898*, Durham, N. C., 1989; *Identidad nacional y cultural de las Antillas hispanoparlantes*, *Ibero-Americana Pragensia*, 5, 1991; Miriam Fernández Sosa, «Construyendo la nación: proyectos e ideologías en Cuba, 1899-1909», in: *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, ed. Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis M. García Mora, Aranjuez, 1996, 123-129; Eduardo Torres Cuevas, «Patria, pueblo y revolución: conceptos base para la historia de la cultura en Cuba», in: *Nuestra común historia. Cultura y Sociedad*, La Habana, 1993, 1-22; Jorge Ibarra, «Cultura e identidad nacional en el Caribe hispánico: el caso puertorriqueño y el cubano», in: *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, ed. Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Á. Puig-Samper y Luis M. García

hay ninguna duda de que el proceso mencionado tuvo tres grandes hitos en las opiniones de Francisco Arango y Parreño, José Antonio Saco y José Martí. Este último está considerado tradicionalmente como un caso excepcional en la historia del pensamiento cubano², lo cual tiene razones históricas, ideológicas, psicológicas, etc. Sin querer menospreciar la importancia de Martí para la historia cubana y latinoamericana, debemos hacer constar que Martí tuvo en Cuba precursores, cultos y capaces, que presentaron sus conceptos sociales, económicos, políticos y culturales de forma acabada y compleja. Martí tuvo, de esa manera, la oportunidad de aprovechar esos conceptos, modificarlos, desarrollarlos y llevarlos al nivel en el que son admirados por las generaciones de especialistas cubanos.

Éste es también el caso del concepto de nación cubana que tiene sus raíces en el concepto de «cubanidad» de José Antonio Saco. La idea de Saco nació durante la discusión sobre el anexionismo, como lo atestiguan ante todo sus folletos *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos* y *Réplica de Don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*,

Mora, Aranjuez, 1996, 85-95; Michael Zeuske, «1898: Cuba y el problema de la transición pactada». Prolegómeno a una historia de la cultura política en Cuba (1880-1920)», in: *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, ed. Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Á. Puig-Samper y Luis M. García Mora, Aranjuez, 1996, 131-147; Luis M. García y Consuelo Naranjo Orovio, «Intelectualidad criolla y nación en Cuba, 1878-1898», in: *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 1997, vol. 15, 115-134; Louis A. Pérez, «Identidad y nacionalidad: Las raíces del separatismo cubano, 1868-1898», in: *Op. cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, 9, 1997, 185-195; Elena Hernández Sandoica, «La política colonial española y el despertar de los nacionalismos ultramarinos», in: Juan P. Fusi y Antonio Nino, ed. *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, 1997, 115-132; Jorge Ibarra, «Los nacionalismos hispano-antillanos del siglo XIX», in: Juan P. Fusi y Antonio Nino, ed., *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, 1997; Consuelo Naranjo Orovio, «Cuba, 1898: Reflexiones en torno a los imaginarios nacionales y a la continuidad», in: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 1998, 20, 221-234; Consuelo Naranjo Orovio, «Hispanización y defensa de la integridad nacional en Cuba, 1868-1898», in: *Tiempos de América*, 2, 1998, 71-91; Consuelo Naranjo Orovio, «Immigration, Race and Nation in Cuba in the Second Half of the 19th Century», in: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 24: 3/4, 1998, 303-326. Consuelo Naranjo Orovio, «La historia se forja en el campo: nación y cultura cubana en el siglo XX», *Historia Social*, 40, 2000, 153-174.

² Hay una cantidad enorme de publicaciones sobre Martí. Cfr., ante todo, el excepcional análisis de la literatura martiana hecho por Ottmar Ette, *José Martí. Teil I. Apostel-Dichter-Revolutionär. Eine Geschichte seiner Rezeption*, Tübingen, 1991. De las últimas biografías políticas martianas, ver Paul Estrade, *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, Aranjuez, 2000.

publicados a fines de los cuarenta, en París y en Madrid³. Parece muy verosímil que todo el acceso de Saco al problema de la nacionalidad y de la nación estuvo profundamente influido por su experiencia europea. Desde 1837, Saco vivió –al menos por cierto tiempo– en París, observando las discusiones sobre el carácter de las naciones europeas que formaron parte de los imperios multinacionales, como lo confirman las menciones en sus textos. Precisamente Europa –y ante todo la Europa del sur y central– fue en ese tiempo la región donde se formaba el concepto de la nación cultural⁴ introducido por Saco entre los forjadores de la «cubanidad»⁵ en la co-

³ José A. Saco, *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados-Unidos*, París, 1848; José Antonio Saco, *Réplica de Don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, Madrid, 1850.

⁴ Sobre la problemática de los diferentes conceptos de nación y de nacionalismo, ver sobre todo Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, rev. ed., Londres, 1991; John A. Armstrong, *Nations before Nationalism*, Chapel Hill, 1982; Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, Londres, 1991; John Breuilly, *Nationalism and State*, 2.^a ed., Chicago, 1994; Ernst Gellner, *Nations and Nationalism*, Oxford, 1983; Eric J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, 1990; Miroslav Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge, 1985; Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, 1986; John Hutchinson, Anthony D. Smith (eds.), *Nationalism*, Oxford, 1994; Anthony D. Smith, *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, Londres-Nueva York, 1998; J. A. Hall (ed.), *The State of the Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*, Cambridge, 1998. Las obras clásicas de Carleton B. Hayes, *The Historical Evolution of Nationalism*, Nueva York, 1931; Karl W. Deutsch, *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*, Cambridge Mass, 1953; Boyd C. Shafer, *Nationalism. Myth and Reality*, Londres, 1955; y Hans Kohn, *The Idea of Nationalism*, Nueva York, 1967, tienen siempre su importancia. Sobre el problema de la cultura nacional ver, p. ej., Jorge Ibarra, *Nación y cultura nacional*, La Habana, 1981.

⁵ Más sobre esta discusión, véase en Manuel Moreno Fraginals, «Nación o plantación. (El dilema político cubano visto a través de José Antonio Saco)», in: *Homenaje a Silvio Zavala*, México, 1953, 243-272; Gordon K. Lewis, *Main Currents in Caribbean Thought. The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900*, Baltimore y Londres, 1983, 144-47, 149-154; Josef Opatrný, *US Expansionism and Cuban Annexationism in the 1850s*, Praga, 1990, 167-205; el mismo, «José Antonio Saco's Path Toward the Idea of Cubanidad», in: *Cuban Studies*, 24, 1994, 39-56; R. Sevillano Castillo, «Ideas de José Antonio Saco sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos (París, 1848)», in: *Quinto centenario*, 10, 1986, 211-29; C. Sainz Pastor, «Narciso López y el anexionismo en Cuba: en torno a la ideología de los propietarios de esclavos», in: *Anuario de Estudios Americanos*, XLIII, 1986, 441-468; Luis Navarro García, *La independencia de Cuba*, Madrid, 1992, 193-237; el mismo, «Patriotismo y autonomismo en José Antonio Saco», in: *Anuario de Estudios Americanos*, LI-2, 1994, 135-154; Max Zeuske, Michael Zeuske,

lonia y el exilio europeo y americano. Su concepto de la sociedad criolla difirió sustancialmente del de Francisco Arango y Parreño que, en su famoso discurso, identificó a los «cubanos» con los españoles.

«Somos españoles, no de las perversas clases de que las demás naciones forman muchas de sus factorías mercantiles, que es a lo que redujeron y reducen sus establecimientos en Américas, sino parte sana de la honradísima España. Y esa ilustre sangre que corre por nuestras venas en nada ha desmerecido porque, a costa de tantas visas, probaciones y fatigas, haya logrado conquistar, establecer y fomentar tantas Españas nuevas, tantos reinos opulentos»⁶.

Arango y Parreño no veía diferencia alguna entre españoles peninsulares y de ultramar, y pedía los mismos derechos políticos para todos los súbditos de la corona española. Saco, como representante de la segunda generación de los reformistas⁷, tuvo la misma meta treinta años después de que se publicasen las demandas del padre del reformismo cubano⁸.

Hubo, sin embargo, una gran diferencia entre Saco y Arango y Parreño. El primero no consideraba a los criollos de la isla como españoles, sino como detentadores de la cubanidad. Saco tuvo sus dudas sobre la posibilidad de poder definir claramente esta palabra:

«Confieso que no es fácil definir claramente esta palabra; y en vez de verme de definiciones imperfectas y oscuras, me serviré de ejemplos y diré: que todo el pueblo que habita un mismo suelo y tiene un mismo origen, una misma lengua, y unos mismos usos y costumbres, ese pueblo tiene una nacionalidad [subrayado por Saco]. Ahora bien: ¿no existe en Cuba un pueblo que procede del mismo origen, habla la misma lengua, tiene las mismas costumbres, y profesa además una sola religión, que aunque como a otros pueblos, no por eso deja de ser uno de los rasgos que más le caracterizan? Negar la nacionalidad cubana, es negar la luz del sol de los trópicos en punto de mediodía»⁹.

A pesar de que Saco se niega textualmente a definir la noción de «la cubanidad», la explica claramente en sus folletos antianexionistas, rechazando la argumentación de otros críticos del colonialismo español, encabezados por Gaspar Cisneros Betancourt.

Kuba 1492-1902. Kolonialgeschichte, Unabhängigkeitskriege und erste Okkupation durch die USA, Leipzig, 1998, 245-252.

⁶ Francisco Arango y Parreño, *Obras de...*, La Habana, 1952, vol. II, 113.

⁷ Más sobre otras personas de esta generación ver, p. ej., en Rafael Azcárate Rosell, *Nicolás Azcárate. El reformista*, La Habana, 1939.

⁸ El lugar de Arango y Parreño en la historia cubana fue analizado por Francisco L. Ponte Domínguez, *Arango y Parreño. Estadista colonial cubano*, La Habana, 1937.

⁹ J.A. Saco, *Réplica...*, 45.

Este portavoz del exilio político cubano en Nueva York no compartió la opinión de Saco sobre la importancia de la cultura –simbolizada por las lenguas diferentes– para la vida de las sociedades humanas, subrayando, en cambio, la idea del progreso en el sentido del desarrollo económico, social y político. Gaspar Cisneros Betancourt estuvo pronto a aceptar la disolución de «lo cubano» en la sociedad anglosajona, cambiando la cultura, lengua, religión y costumbres cubanas por el bienestar material, el progreso tecnológico y la democracia norteamericana, opinión que expresó en las cartas a su amigo personal y oponente espiritual, José Antonio Saco. En una de ellas, escribió:

«Por esto he podido amontonarte aquí verás que c'est trop tard, como le dije-ron al zama... de Luis Felipe para hacer retrogradar la opinión y la obra de independencia y anexión; independencia para descartarse de España y sus ladrones; anexión para tener un apoyo fuerte contra la Europa y contra nosotros mismos que al cabo, Saco mío, españoles somos y españoles seremos engendraditos y cagaditos por ellos, olindo de guachinangos, zambos, gauchos, negros, Paredes, Santa Ana, Flores & ¡Qué dolor, Saco mío! ¡Qué semilla! ¡Oh! ¡Por Dios, hombre; no me digas que deseas para tu país esta nacionalidad! ¡No, hombre! Dame turcos, árabes, rusos; dame demonios, pero no me des el producto de españoles, congos, mandingas y hoy (pero por fortuna frustrado ya el proyecto) malayos para completar el mosaico de población, ideas, costumbres, instituciones, hábitos y sentimientos de hombres esclavos, degenerados y que cantan y ríen al son de las cadenas, que toleran su propia degradación y se postran envilecidos ante sus señores. No y renó: si tal es la nacionalidad que hemos que conservar; si tal es el bien a que el cubano tiene que aspirar, malditos de Dios sean el bien y el beneficiado»¹⁰.

En otra carta, escribió sobre los anexionistas el exiliado cubano en Nueva York:

«Creen éstos que la Isla de Cuba corre precipitada a inevitable ruina bajo la tutela de su Metrópoli; que la suerte de Cuba está decretada por las mismas manos que han decretado la suerte de Santo Domingo, Jamaica, Guadalupe y todas, todas las colonias de Europa en este Archipiélago; y que el único medio de salvar a Cuba es incorporarla en la gran familia de Estados Confederados de la Unión Americana. De esta clase de creyentes hay dos partidos, unos que ven en la anexión el medio de conservar sus esclavos, que por más que lo oculten o disimulen es la mira principal, por no decir la única que los decide a la anexión; otros que creen en la anexión el plazo, el respiro, que evitando la emancipación repentina de los esclavos, dé tiempo a tomar medidas salvadoras como duplicar en 10 o 20 años la po-

¹⁰ Gaspar Cisneros Betancourt a J. A. Saco, New York, august 30, 1848, in: *Cartas de Lugañero*, ed. Federico Córdova, La Habana, 1951, 303. Más sobre G. Betancourt, véase en Federico Córdova, *Gaspar Cisneros Betancourt. El Lugañero*, La Habana, 1938.

blación blanca, introducir máquinas, instrumentos, capitales inteligencias que reemplacen y mejoren los medios actuales de trabajo y de riqueza. En fin, Saco mío, todos buscan en la anexión la garantía, la fianza del gobierno sabio y fuerte de los Estados Unidos contra las pretensiones de Europa, no menos que contra nosotros mismos que mal que pese a nuestro amor propio somos del mismo barro que los que han logrado hacerse independientes pero no pueblos libres y felices»¹¹.

Como lo demuestra la participación de Saco en las discusiones anexionistas y antianexionistas, los argumentos de Cisneros Betancourt no le convencieron. Es que todas las actividades de Saco hasta ese momento revelaban que este portavoz de la sociedad criolla no tuvo interés solamente en la esfera política y la económica —que prevalecieron, evidentemente, en las consideraciones de Cisneros Betancourt sobre el futuro de Cuba¹²—, sino también en la cultural¹³. Juntamente con otros, como Domingo del Monte, Félix Tanco, etc., aportó al enorme auge de la cultura de la sociedad criolla¹⁴ basada en los cimientos españoles de la isla¹⁵. A pesar de estos éxitos, palpables en la cantidad de libros y revistas publicados en la colonia, apareció precisamente en este grupo el temor a las «influencias» ajenas, peligrosas para esa cultura criolla. Encontramos una de las mani-

¹¹ Gaspar Cisneros Betancourt a José Antonio Saco, Nueva York, 20 de febrero de 1849, en: *Medio siglo de historia colonial de Cuba. Cartas a José Antonio Saco ordenadas y comentadas (de 1823 a 1879)*, ed. José A. Fernández de Castro, La Habana, 1923, 100.

¹² Cfr. en este contexto la visión de Cisneros Betancourt en Elías Entralgo, *Doctrina del Progreso+Revolución Mecánica=El Lugareño*, La Habana, 1956. Sobre este portavoz del anexionismo ver, ante todo, Federico Córdova, *Gaspar Cisneros Betancourt. El Lugareño*, La Habana, 1938.

¹³ Más sobre José A. Saco, véase en Manuel Moreno Friginals, *J. A. Saco, Estudio y bibliografía*, Santa Clara, 1960; Anita Arroyo, *José Antonio Saco: su influencia en la cultura y en las ideas políticas de Cuba*, Miami, 1989; Fernando Ortiz, *José Antonio Saco y sus ideas cubanas*, La Habana, 1929; Francisco J. Ponte Domínguez, *La personalidad política de José Antonio Saco*, 2.^a ed., La Habana, 1932; Raúl Lorenzo, *Sentido nacionalista del pensamiento de Saco*, La Habana, 1942; Eloy G. Merino Brito, *José Antonio Saco: su influencia en la cultura y en las ideas políticas de Cuba*, La Habana, 1950; R. Menocal, *Conflicto de orientaciones. Saco y Martí*, La Habana, 1950; Eduardo Torres-Cuevas, Arturo Sorhegui, *José Antonio Saco. Acerca de la esclavitud y su historia*, La Habana, 1982; Eduardo Torres-Cuevas, *José Antonio Saco. La polémica de la esclavitud*, La Habana, 1984.

¹⁴ Sobre el problema de la sociedad criolla en la isla ver, por ejemplo, Enrique Gay-Calbó, *Formación de la sociedad cubana. Notas sobre la influencia de la economía y la composición étnica*, La Habana, 1948; Elías Entralgo, *Perfoca sociográfica de la cubanidad*, La Habana, 1947.

¹⁵ Sobre el desarrollo de la cultura en la colonia en este tiempo, ver Larry R. Jensen, *Children of Colonial Despotism. Press, Politics, and Culture in Cuba, 1790-1840*, Tampa, 1988.

festaciones más expresivas en una carta de Félix Tanco del año 1837. Tanco escribía:

«¿Quién no ve en los movimientos de nuestros mozos y muchachas deseando bailar contradanzas y vales una imitación de los negros en sus cabildos? ¿Quién no sabe que los bajos de los dancistas del país son el eco del tambor de los tangos? Todo es africano, y los inocentes y pobres negros, sin pretenderlo, y sin otra fuerza que la que nace en la relación en que están ellos con nosotros, se vengan de nuestro cruel tratamiento inficionándonos con los usos y maneras inocentes, propias de los salvajes de Africa»¹⁶.

No hay ninguna sorpresa en que la preocupación de Tanco fuese compartida por Saco, muy escéptico también en lo que tocaba a la participación de la gente de procedencia africana en la economía colonial. Saco se opuso a las opiniones de los partidarios de lo imprescindible que era el trabajo de los esclavos en las plantaciones, refiriéndose a los métodos modernos de la producción del azúcar. A Saco le pareció el mejor sistema el cultivo de la caña por los pequeños campesinos, inmigrantes blancos de España peninsular (o de sus partes isleñas), y la producción de azúcar en grandes ingenios equipados con maquinaria modernísima manejada por obreros calificados. Esta combinación –productores de caña libres y fábricas para producir el azúcar con obreros industriales asalariados– podría resolver, según Saco, la cuestión fatal de la sociedad de la isla¹⁷. Ambos factores –el temor de la «africanización» de la cultura en Cuba, y la persuasión sobre la menor eficiencia económica del sistema esclavista en la producción del azúcar–, acompañados por el miedo a la sublevación de esclavos con desastrosas consecuencias para la población blanca de Cuba, llevaron a Saco a su postura negativa frente a la idea de la lucha armada contra el colonialismo español y frente a las aventuras de los anexionistas¹⁸. Sin

¹⁶ Félix Tanco a D. del Monte, 1837, *Centón epistolario de Domingo del Monte*, ed. Manuel I. Mesa Rodríguez, La Habana, 1957, t. VII, 86 ss. Más sobre la cultura afrocubana, véase en Jorge Castellanos, Isabel Castellanos, *Cultura afrocubana 1. El Negro en Cuba, 1492-1844*, Miami, 1988; Jorge Castellanos, Isabel Castellanos, *Cultura afrocubana 2. El Negro en Cuba, 1845-1959*, Miami, 1990.

¹⁷ José A. Saco, *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba, examinada con relación a su agricultura y su seguridad*, París, 1845. Sobre esta problemática cfr., p. ej., Josef Opatrný, «Los cambios socio-económicos y el medio ambiente: Cuba. Primera mitad del siglo XIX», *Revista de Indias*, 207, LVI, mayo-agosto 1996, 367-386.

¹⁸ Saco escribió en este contexto: «No hay país sobre tierra, donde un movimiento revolucionario sea más peligroso que en Cuba. En otras partes aun con sola la posibilidad de triunfar, se pueden correr los hazares de una revolución, pues por grandes sean los padeci-

embargo, la principal reserva de Saco contra el anexionismo fue el peligro para la «cubanidad» de los habitantes de la isla.

Saco no puso en duda la democracia en los Estados Unidos, concluyendo sin embargo que precisamente las elecciones democráticas podían servir para la marginación del elemento hispano en Cuba. La anexión significaría que los cubanos «serán excluidos, según la misma ley, de todos o casi todos los empleos: y doloroso espectáculo es por cierto, que los hijos de los amos verdaderos del país, se encuentren en él postergados por una raza advenediza»¹⁹.

Rechazando la idea de la anexión, aprovechó Saco la oportunidad para explicar su concepto de nacionalidad a partir de las diferencias entre «lo cubano» y «lo anglosajón». El portavoz de la idea de la cubanidad escribió sobre las lenguas diferentes, tradiciones diferentes y religiones diferentes, diciendo:

«Nunca olvidemos (así escribía yo hace algunos meses á uno de mis más caros amigos) que la raza anglosajona difiere mucho de la nuestra por su origen, por su lengua, su religión, sus usos y costumbres: y que, desde que se sienta con fuerzas para balancear el número de los Cubanos, aspirará á la dirección política de los negocios de Cuba; y la conseguirá, no solo por su fuerza numérica, sino porque se considerará como nuestra tutora ó protectora, y mucho más adelantada que nosotros en materias de gobierno»²⁰.

Subrayando repetidamente la existencia de la «nacionalidad» para la comunidad criolla de Cuba, negó la de la «nación». «La nación» y «la nacionalidad» difirieron, según Saco, en un único rasgo; rasgo, sin embargo, importantísimo. «La nación» gozaba de la soberanía estatal; «la nacionalidad» formaba, juntamente con otras entidades, sólo una parte del estado.

«Toda nación supone nacionalidad; pero toda nacionalidad no constituye nación, porque sí hay muchas naciones que se componen de los pueblos diferentes, teniendo cada uno de ellos una nación propia, sin que a ninguno pueda darse el nombre de nación»²¹.

Ilustrando este hecho con el caso de la situación centroeuropea, puso de relieve Saco la inspiración de su concepto. El portavoz de la idea de la «cubanidad», en este contexto, escribió sobre el imperio de los Habsburgo,

mientos, siempre queda el mismo pueblo; pero en Cuba, donde no hay otra alternativa que la vida o muerte, nunca debe intentarse una revolución, sino cuando su triunfo sea tan cierto, como una demostración matemática.» J. A. Saco, *Ideas...*, 7.

¹⁹ J.A. Saco, *Ideas ...*, 2.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ J.A. Saco, *Réplica ...*, 46.

considerándolo como una nación compuesta de diferentes nacionalidades: polaca, checa, húngara, etc. Concluye por fin sus consideraciones muy racionalmente, subrayando el contexto histórico de la formación, desarrollo y eventual desaparición de las nacionalidades y naciones.

«Yo pudiera comparar las nacionalidades de los pueblos a los seres animales cuya existencia pasa por distintos grados de vitalidad. El niño desvalido que acaba de nacer, el adulto que vive bajo la autoridad paternal o bajo el látigo de un verdugo, el hombre robusto que pisa la tierra con pie libre e independiente, y aun el caduco anciano que con vacilante paso se acerca al sepulcro, todos viven y todos tienen una existencia propia; pero la existencia que ofrece grandes modificaciones, según los distintos estados y circunstancias, en que cada uno de ellos se encuentra. Lo mismo acontece con la nacionalidad. Pueblos hay en que empieza a desarrollarse; otros en que se halla expirando; unos en que está más o menos comprimida, más o menos desenvuelta; y otros en fin en que habiendo llegado al complemento de la fuerza, se ostenta por sí sola en el rango de nación soberana»²².

Tomando en cuenta todos estos hechos, concluyó Saco que, para él, la meta de todos sus esfuerzos era que,

«Cuba no solo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese Cuba cubana y no anglo-americana»²³.

Martí presenta su concepto de la nación más de treinta años después, subrayando las calidades espirituales de ese conjunto social. Para Martí, la nación no es una comunidad de individuos indiferentes creada casualmente, sino una

«apretadísima comunión de los espíritus, por largas raíces, por el enlace de las gentes, por el óleo penetrante de los dolores comunes, por el gustosísimo vino de las glorias patrias, por aquella alma nacional que se cierne en el aire, y con él se respira, y se va aposentando en las entrañas, por todos los sutiles y formidables hilos de la historia atados, como la epidermis y la carne»²⁴.

El concepto de la nación de Martí es, sin duda, más vago que el concepto de la «nacionalidad» de Saco, y en cierto modo lo podemos comparar con el concepto de Ernest Renan²⁵. Paul Estrade resume muy brevemente la problemática de «lo nacional» en Martí escribiendo:

²² *Ibíd.*

²³ J.A. Saco, *Ideas...*, 2 ss.

²⁴ José Martí al Director de *La Nación*, Nueva York, 9 de febrero de 1885, *Obras completas*, XXIII, 157 ss.

²⁵ Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, Paris, 1882.

«Se puede comprobar fácilmente que Martí habló mucho más de la patria que de la nación»²⁶,

haciendo referencia a la misma situación en la literatura política de la independencia latinoamericana. Estrade, sin embargo, subraya que «las condiciones en que las nuevas naciones, como Cuba, harían su entrada en el mundo en las postrimerías del siglo XIX, ya no son las que presidieron el nacimiento de las naciones latinoamericanas emancipadas en la época de la gesta de Bolívar y San Martín»²⁷. Martí, como Saco, consideraba a la nación como a una comunidad formada en cierto momento de su desarrollo, en el caso de las naciones latinoamericanas en el momento del surgimiento de la independencia. Cada nación llega a su forma final a través de un proceso de larga duración, distinta para las diferentes comunidades. Cuba, según Martí, tuvo su nación ya antes de la consecución de la independencia, por determinadas causas históricas.

Al formular sus concepciones, partió Martí de una experiencia totalmente distinta a la de Saco. Durante la Guerra de Diez Años, cambió esencialmente la reflexión de las capas criollas cubanas sobre la sociedad isleña. La conflagración bélica no culminó con la sublevación de los esclavos, y de tal manera no se cumplió el antiguo temor de los criollos blancos acerca del final de «la raza cubana». Al contrario. Mucha gente de color, esclavos y libres, participó en la guerra del lado del ejército libertador, y en la lucha común desaparecieron –al menos de una manera significativa– las animosidades tradicionales²⁸.

²⁶ Paul Estrade, *José Martí*., 364.

²⁷ *Ibíd.*, 365.

²⁸ Más sobre el problema de la relación de los criollos cubanos con los afro cubanos véase en S. A. Agüero, *Racismo y mestizaje en Cuba*, La Habana, 1958; Vera Martínez Alier, *Marriage, class and Colour in Nineteenth Century Cuba. A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in Slave Society*, Cambridge, 1974; Robert Paquette, *Sugar Is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*, Middletown, 1988; Aline Helg, *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, Chapel Hill & London, 1995; Ada Ferrer, «Social Aspects of Cuban Nationalism: Race, Slavery and the Guerra Chiquita, 1879-1800», in: *Cuban Studies*, 21, 1991, 37-56; Consuelo Naranjo Orovio, «En la búsqueda de lo nacional: migraciones y racismo en Cuba (1880-1910)», in: *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el* 98, ed. Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Á. Puig-Samper, Luis M. García Mora, Aranjuez, 1996, 149-162; S. Labrador, «El miedo al negro: el debate de lo racial en el discurso revolucionario cubano», in: *Historia y Sociedad*, 9, 111-128; Ada Ferrer, «Rustic Men, Civilized Nation: Race, Culture, and Contention on the Eve of Cuban Independence», in: *Hispanic American Historical Review*, 78: 4, 1998, 663-686; Rebecca J. Scott, «Race, Labor, and Citizenship in Cuba: A View from the Sugar District of Cienfuegos, 1886-1909», in: *His-*

De este modo se abrió el camino a la transformación del concepto de la sociedad cubana. Para la nueva generación de habitantes de la colonia nacidos en la isla, ya fue imaginable la sociedad compuesta por gente con diferentes colores de piel. Ya no se sintieron españoles, y tampoco consideraron como el mayor peligro para el futuro de Cuba la penetración masiva de la cultura de la gente de color en la criolla, o «la africanización». Durante la preparación de la segunda guerra por la independencia, José Martí propagó incesantemente su idea de la sociedad en la isla, expresada en su sentencia frecuentemente citada «Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro»²⁹, influyendo sustancialmente en el pensamiento de amplias capas de la sociedad cubana. No hay ninguna duda «que para un antillano como Martí, el problema negro era uno de los más complejos y decisivos que puede afrontarse: pues su solución justa condicionaba las posibilidades de la democracia en las Islas y en el continente»³⁰. Hay que subrayar la palabra «complejo». Paul Estrade menciona en la sentencia citada la dimensión democrática del problema, que conllevaba también, sin embargo, una dimensión humanística, nacional y política. Durante los preparativos para la nueva guerra por la independencia, fue necesario eliminar todos los eventuales obstáculos en el camino hacia la colaboración de diferentes grupos sociales y étnicos de la isla para formar un frente de lucha el más amplio posible. En la esfera «nacional» fueron los «cubanos de color», según el concepto martiano, tan miembros de la comunidad como los criollos blancos. Nacieron en la misma «patria», compartieron los destinos de ella formando parte integral de su cultura. En

panic American Historical Review, 78:4, 1998, 687-728; Rebecca J. Scott, «Raza, clase y acción colectiva en Cuba, 1895-1902: la formación de alianzas interraciales en el mundo de la caña», in: *Op. cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, 9, 1997, 131-157; Consuelo Naranjo Orovio, Alejandro García González, *Racismo e Inmigración en Cuba en el Siglo XIX*, Aranjuez, 1996; Pablo Tornero, «Desigualdad y racismo. Demografía y sociedad en Cuba a fines de la época colonial», in: *Revista de Indias*, 1998, LVIII, 212, 25-46; Elena Hernández Sandoica, «La historia de Cuba vista desde España: estudios sobre “política”, “raza” y “sociedad”», in: *Revista de Indias*, 1998, LVIII, 212, 7-24; Aline Helg, «Sentido e impacto de la participación negra en la guerra de independencia de Cuba», in: *Revista de Indias*, 1998, LVIII, 212, 47-63; Alejandro García González, «Ciencia, racismo y sociedad en Cuba: 1878-1895», in: *Cuba y Puerto Rico en torno al 98*, ed. Celia Parcero Torre y María E. Martín Acosta, Valladolid, 1998; Michael Zeuske, «Estructuras, movilización afrocubana y clientelas en un hinterland cubano: Cienfuegos 1895-1906», in: *Tiempos de América*, 2, 1998, 93-116.

²⁹ José Martí, «Mi raza», *La Patria*, Nueva York, 16.4.1893, in: *La cuestión racial*. Biblioteca popular martiana, 4, La Habana, 1959, 2.ª ed., 25.

³⁰ Estrade, *José Martí ...*, 224.

este asunto difirieron profundamente Martí y Saco, a pesar de que ambos partieron del mismo concepto de nación.

Fue también, sin duda, la gran autoridad de Martí la que influyó al menos en una parte de los «cubanos conscientes»³¹ de diferentes colores de piel. Olvidaron este factor importante para ellos —el color de la piel— y demostraron su voluntad de seguir el ejemplo del mulato Antonio Maceo y Grajales y de miles de personas de color sin nombres que lucharon en la Guerra de Diez Años. Fue precisamente esta parte, cada vez mayor en la sociedad isleña, la que en la década de los noventa cambiaba la imagen de la nación cubana. Los habitantes de Cuba ya no fueron los españoles nacidos en el Caribe o los blancos portadores de las cualidades específicas de «la cubanidad», sino todos los que estuvieran unidos por la conciencia de pertenencia a la nación cubana, preparados a cumplir con sus deberes en lo que tocaba a su participación en la lucha por el Estado soberano. Al menos algunos de ellos ya consideraban como un peligro para el futuro de la «patria» no sólo el colonialismo español existente, sino también el poderoso vecino norteño.

Si aceptamos la teoría de nación formulada por Gellner o Hroch³², debemos llegar a la conclusión de que la obra común de Saco y de Martí contribuyó de manera sustancial a la formación de la nación cubana durante la segunda mitad del siglo XIX, forjando la conciencia de la sociedad que buscaba sus rasgos característicos no tanto en contraste con la cultura española, sino con la anglosajona. Por eso no vale para el caso de Cuba la conclusión de uno de los especialistas más renombrados en lo que toca a la problemática de «lo nacional» en América Latina, Hans-Joachim König, y presentada en el volumen especial de *Cuadernos de AHILA* dedicado al tema, válida para todas las naciones latinoamericanas:

«La nueva historiografía latinoamericana está de acuerdo en la valoración que el Estado precedió a la Nación. Se sugiere que fueron los nuevos Estados independientes que construyeron las naciones. Se llegó así a la conclusión que las naciones modernas, como unidades políticas con fronteras culturales, no existieron antes de la consolidación de los Estados, es decir no antes de mediados del siglo XIX o más tarde. Con esto se rectificaron opiniones anteriores que señalaban como una causa de las revoluciones de Independencia, de la formación de Estados, la previa toma de conciencia “nacional”, una concien-

³¹ Sobre el problema de la conciencia nacional en Cuba, véase Paul Estrade, «Observaciones sobre el carácter tardío y avanzado de la toma de conciencia nacional en las Antillas españolas», *Identidad nacional y cultural de las Antillas hispanoparlantes, Ibero-Americana Pragmática, Supplementum* 5, 1991, 21-49.

³² Ver sus obras citadas arriba en la nota 4.

cia que se basaba en aspectos culturales y étnicos de la población autóctona»³³.

La nación cubana se formó antes del surgimiento del Estado independiente cubano, y José Antonio Saco y José Martí –cada uno de ellos a su manera– aportaron al proceso de formación de la conciencia nacional cubana. A pesar de la diferencia de sus conceptos, compartieron la idea principal: el lazo fundamental de la comunidad nacional lo forma la cultura, con sus rasgos característicos. Además, compartieron un temor común. Ambos vieron una amenaza fatal para su nación en la «sombra norteña» de la cultura anglosajona. Fue también, entre otros factores, mérito de los esfuerzos de Saco y Martí que no se cumplieran sus temores en lo que toca al aplastamiento de «lo cubano» por «lo norteamericano»³⁴.

³³ Hans-Joachim König, «Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica», *Cuadernos de Historia Latinoamericana. Estado-nación, comunidad indígena, industria*, n.º 8, 2000, 31.

³⁴ Sobre el peligro para la cultura cubana proveniente de la cultura estadounidense, véase Louis A. Pérez, Jr., *Cuba and the United States. Ties of Singular Intimacy*, Atenas y Londres, 1990; C. D. Deere, «Here Come the Yankees! The Rise and Decline of United States Colonies in Cuba, 1898-1930», in: *Hispanic American Historical Review*, 78:4, 1998, 729-765; y, sobre todo, Louis A. Pérez, Jr., *On Becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*, Chapel Hill & London, 1999, esp., 219 ss.